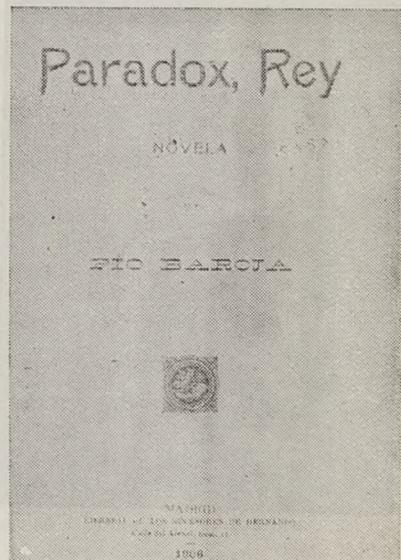
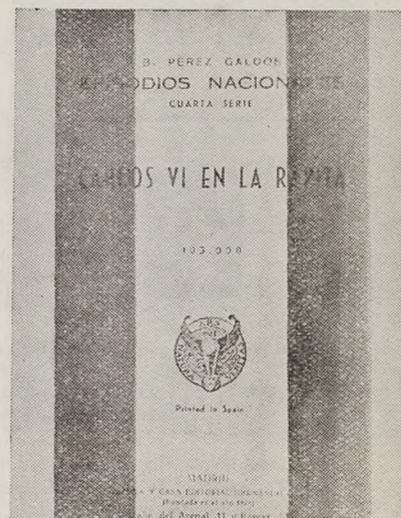
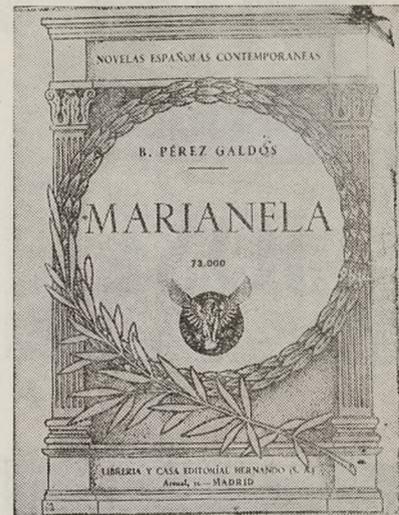
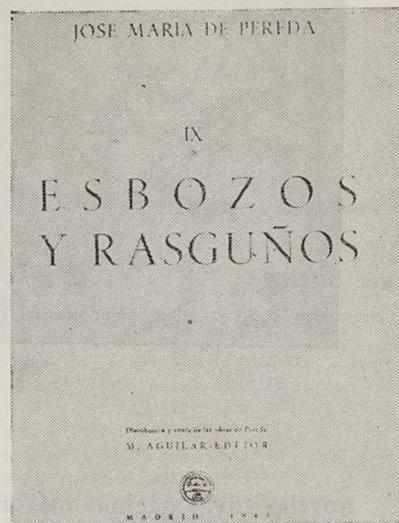


LECTURAS DE MEDIO SIGLO

POR
NICOLAS GONZALEZ RUIZ



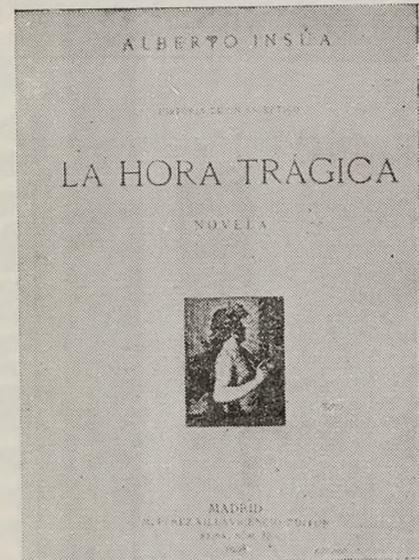
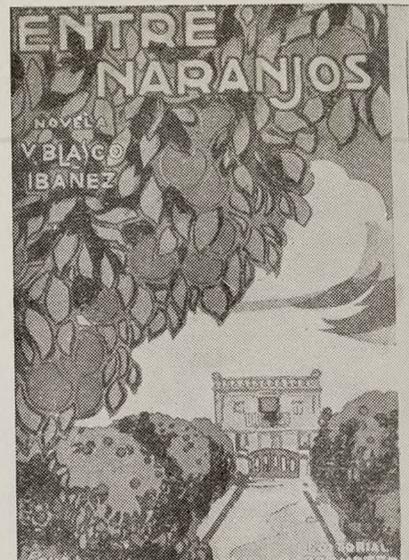
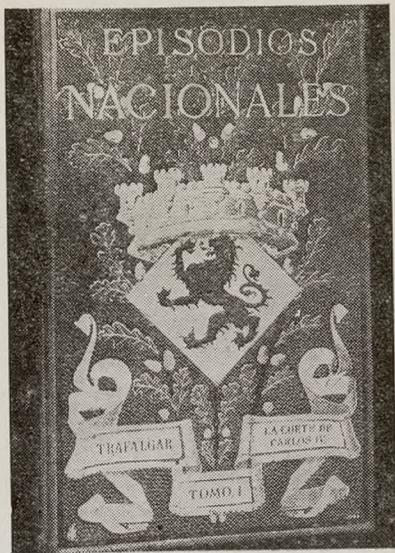
NO hay un solo público lector, sino varios. La clasificación no es fácil. La edad divide los gustos. La cultura, también. Y la moda. Los viejos leen unos libros; los jóvenes, otros. Las personas cultas se aficionan más a ciertas lecturas determinadas. El vulgo tiene otras inclinaciones. Y en cada momento hay un tipo de lectura que "se lleva" y tiene numerosos adeptos. Si a esto añadimos los jóvenes con gusto de viejos, los viejos con gusto de jóvenes, los cultos con gustos vulgares y el vulgo con aspiraciones refinadas, se tendrá una idea del difícil empeño que se acomete en estas líneas al intentar una reseña de las variaciones del gusto público durante cincuenta años. Todavía se leen mucho *Los tres mosqueteros*. Pero yo voy a exponer mi modesta opinión, con la alentadora seguridad de que cada uno de los que me lean tendrá otra distinta.

En los comienzos del siglo conservan mucha boga los grandes novelistas del anterior, que son del siglo anterior, aunque su vida se prolongue en éste. El primero de todos, Galdós. En seguida, Palacio Valdés, y un poco en la retaguardia, Pereda. La moda tiene un marcado tono liberal y anticlerical. Palacio Valdés es buen católico; pero se le perdona porque se mete bastante con los curas. Pereda, con todo su hermoso realismo, va quedando para lecturas de señores proyectos y apegados a la tradición. Pero se está produciendo ya el desplazamiento hacia el grupo llamado del 98. Baroja, Valle-Inclán, *Azorín*. Hay una reacción violenta contra todo género de ampulósidades, aunque sean muy buenas, aunque se trate de la descripción del comercio de Madrid en *Fortunata y Jacinta*. Lo escueto, lo impresionista, lo directo. El nervosismo antigramatical de Baroja, las oraciones en primera de activa de *Azorín*, la concisión perfumada y recamada de Valle-Inclán. La novela ha enflaquecido en un esfuerzo por perder grasas y ganar nervio y músculo.

La literatura muestra un deseo feroz de asustar a la burguesía y obtiene un gran éxito, porque la burguesía puede definirse como una colectividad que está deseando que la asusten. Las personas que iban a misa leían con fruición tremendos alegatos anticlericales; las que tenían una moral a prueba de bomba se consideraban muy al día por leer una novela escabrosa o pornográfica; las que usaban de corteses miramientos en la conversación se recomendaban unas a otras novelas en las que se escribían algunas palabras fuertes con todas sus letras. Por otra parte, una inquietud literaria legítima, deseosa de romper moldes y encontrar nuevos caminos, se agitaba por doquiera pidiendo plaza. Esta favorable coyuntura produjo uno de los fenómenos más interesantes del medio siglo, que es el de la popularidad inmensa que alcanzó la novela corta. Se iniciaron publicaciones, de las cuales la de más categoría e interés fué *El cuento Semanal*, a la que siguieron en importancia *Los contemporáneos*, *El libro popular* y, finalmente, como explosión definitiva y última, pues luego todo fué decadencia, *La novela corta*, que empezó vendiéndose a cinco céntimos el ejemplar.

Tal vez no sea ocioso decir que, como en todas las modas, no se dieron solamente productos extravagantes y caprichosos, sino algunos de verdadera belleza. *Los contemporáneos* revelaron al gran público a Gabriel Miró. En *El cuento semanal* se publicaron narraciones de exquisito valor literario. En *La novela corta* vió la luz *Nada menos que todo un hombre*, de Unamuno. En estas colecciones se pueden espigar verdaderas obras maestras, así como ellas favorecieron el desarrollo de la novela "amorosa" de Felipe Trigo, o de la francamente pornográfica de Joaquín Belda.

La severa moral de la sociedad española, al convertir a la mujer en una especie de misterio, favorecía el que se le pudiese conceder cierta calificación de fenómeno literario a la novela que en el fondo era simplemente pornográfica. El escritor Felipe Trigo, que gozó de una extensa popularidad, fué el que consiguió principalmente darle al género una categoría pasajera. A pesar de su estilo, más bien pobre e incorrecto, el darle a todo un cierto aire de explicación de los fenómenos de la vida a través del sexo, el poseer condiciones de escritor para la pintura de los tipos, suministraba el pretexto para que se leyeran unas



novelas cuyas páginas más atractivas consistían en la descripción de la ropa interior de una señora puesta sobre el cuerpo de la misma. Como de las señoras se veía entonces tan poco y sus prendas interiores eran tan numerosas y complicadas, esta literatura para jovencuelos rijosos adquirió una categoría pasajera, desde luego, pero tan ampliamente aceptada que obliga a tenerla en cuenta aquí. El grupo de los pornógrafos legó algunas obras de cierta calidad literaria, como *Las ingenuas*, de Felipe Trigo; *Las neuróticas*, de Alberto Insúa, y *Punto negro*, de Eduardo Zamacois. Moda que pasó totalmente y que ahora se halla definitivamente hundida, o tal vez sumergida en otras complicaciones menos superficiales y más graves.

El copioso y diverso florecimiento literario creó una afición legítima del gran público por el buen estilo. Hay sectores españoles que nunca han valorado en justicia—y ha sido un error, cuyas consecuencias están pagando—lo que vale un estilo literario bello como vehículo para la aceptación inmediata y poco reflexiva de las ideas. La repugnancia por la metáfora brillante, repugnancia que tiene una raíz honradísima, no ha podido impedir que el estilo metafórico se adueñe del gusto público y tenga sobre él una eficacia considerable. Campeón de ese estilo fué D. José Ortega y Gasset, que a través de él y gracias a él realizó una siembra ideológica, que no es este el lugar de analizar ni discutir. Pero del estilo de Ortega arranca toda una moda literaria, que no se ha extinguido aún y que al dramatizar las ideas, darles cuerpo vivo, como si fueran gladiadores, y lanzarlas a la plaza pública, determina una moda y un modo de leer, ejerciendo sobre el pensamiento la sugestión hipnótica del estilo.

Por la belleza de su estilo literario, culminada de un modo perfecto en *Belarmino y Apolonio*, logró su boga entre el público D. Ramón Pérez de Ayala. Por la misma causa pudo llegar a interesarnos a todos en problemas que parecían concernientes a una limitada especialidad D. Gregorio Marañón. El estilo y no las ideas, que en muchas ocasiones serían difíciles de concretar, y no digamos de sistematizar, es lo que obliga a recoger aquí este hecho muy importante de la boga literaria.

Hoy, un grupo de novelistas, a la cabeza de los cuales figuran Zunzunegui, Cela, Agustí y Pombo Angulo, pugna por conquistar una masa lectora. En torno del premio Nadal y las publicaciones de *Destino* se ha formado una corriente muy numerosa de lectores. La moda parece ser la de un realismo crudo, algo contaminado de ciertos existencialismos, por otra parte.

Se lee mucha novela extranjera. La moda se inclina por los relatos dilatados y extensos, que no rehuyen ninguno de los aspectos de la vida.

Va pasando la boga de la novela policíaca, que fué extensísima y sigue siendo muy amplia. Comprende a un vulgo confuso, que va desde políticos y catedráticos a la dependencia mercantil. Pero también en su fase "negra", capitaneada por Peter Creyney, la novela policíaca se resiente del contagio de la violencia y la tristeza desencadenadas por la última conflagración mundial.

